

LA VENGANZA CATALANA

ILDEFONSO ARENAS

LA VENGANZA CATALANA

Crónica de los almogávares



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: septiembre de 2014

© Ildelfonso Arenas, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6282-4

Impreso en Larmor

Depósito legal: B 17700-2014

Impreso en España

Para Carmen Balcells

AGRADECIMIENTOS

A Montserrat Font, que hace muchos años me hizo un regalo muy valioso: un profundo interés por la historia y la cultura de los catalanes.

A Jorge Manzanilla, cuya gran paciencia le hace revisar mis palabras señalándome los muchos defectos que tienen, y al que debo que mis obras acaben siendo mejores de lo que serían de no poder contar con él.

A Elena Montoya, a cuya generosidad debo el comprender de dónde salía, y cómo se expresaba, la espeluznante sabiduría de la misteriosa y exquisita diosa de la predictividad.

*Y los venjaren... Gran fou la matansa
Ab que los camps del Assia embermelliren
Y ls' restos de festí de sa venjansa
Als buytres i á las hienas repartiren.
La espasa oscaren y la forta llansa
En los cráneos dels grechs... Tants ne moriren,
Que de sa carn las fêras s'atiparen,
Y las planas llurs ossos blanquejaren.*

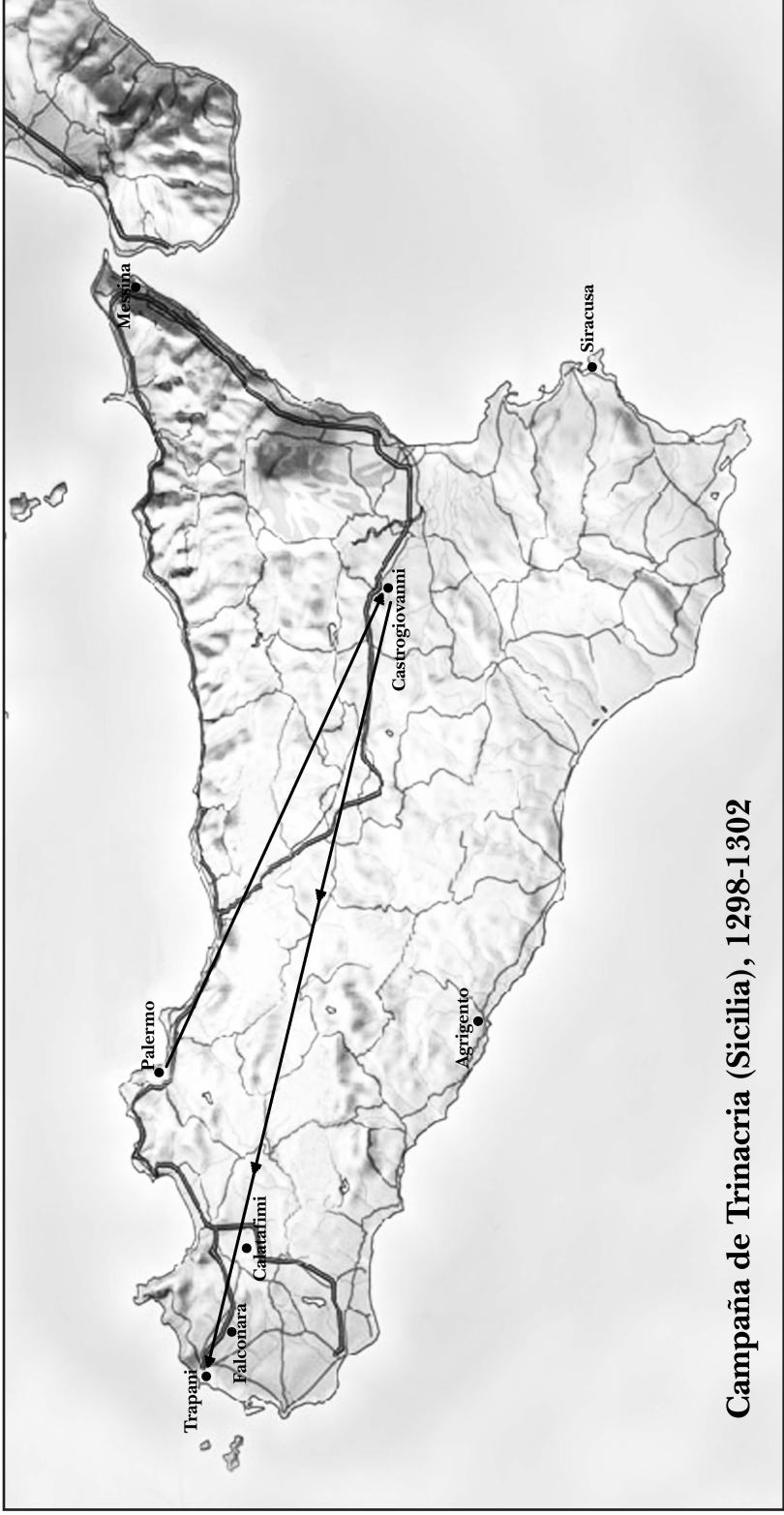
Joaquim Rubió i Ors

El autor prefiere, para los nombres propios de personas y lugares, acogerse a la práctica usual de los cuerpos diplomáticos, la de trasladarlos al papel, cuando se trate de textos oficiales o notas verbales, tal y como se formulan en su lengua original, salvo en los casos de alfabetos no romanos.

Por razones de compatibilidad con la mayoría de los textos históricos de referencia, se han conservado los nombres de los lugares tal y como se expresaban a comienzos del siglo XIV. En los mapas complementarios se indican cuáles son los actuales.

ÍNDICE

I Mesina, agosto de 1303	19
II Península de Artaki, marzo de 1304	101
III Lago Beyşehir, agosto de 1304	151
IV Hexamilia, noviembre de 1304	195
V Rodosto, junio de 1305	247
VI Gallípoli, agosto de 1306	347
VII Cassandria, marzo de 1308	421
VIII Làmia, noviembre de 1310	491
IX Atenas, abril de 1311	557
Epílogo	611
Bibliografía	627



Campana de Trinacria (Sicilia), 1298-1302

I

MESINA, AGOSTO DE 1303

Me llamo Guillem de Tous i Ferrer, pero no en todos los veintitrés años de mi vida he llevado ese nombre. Cuando me bautizaron en Perpinyà, pocos días después de nacer, era Guillem Ferrer, hijo de Meritxell Ferrer y sin padre conocido, aunque no por eso a mi madre le ponían mala cara los vecinos. Era del dominio público que hasta el momento de quedarse preñada no podía ser una niña más virtuosa, una cuyo destino en este valle de lágrimas sería casarse con algún caballero del Conflent o del Rosselló, pues su familia era de las mejor consideradas en Prada de Conflent. Todo eso, sin embargo, se fue al diablo en julio de 1279, cuando unos cuantos caballeros del Périgord se dieron una vuelta por el Conflent, un lugar que visitaban de vez en cuando, a raíz de sus problemas con los cátaros y a causa de lo poco que les agradaba el que la corona de Aragón mirase a esos herejes con manifiesta simpatía. No lo hacían de buenos modos, aunque por lo general se conformaban con llevarse algunas reses y lo que buenamente saquearan sin necesidad de luchar con los mal armados aldeanos, pero eran sensibles al buen aspecto general de las campesinas catalanas, y Meritxell Ferrer pasaba por ser, a sus recién cumplidos quince, la doncella más vistosa de su pueblo. Huelga explicar que lo suyo con el caballero que mandaba la partida no fue un idilio, ni lo de sus padres una complacencia, ya que ninguno de los dos sobrevivió en su empeño de proteger la pureza de la *pubilla*. Tras el paso de los caballeros franceses Meritxell se quedó muy desolada, como es na-

tural si a los quince años, y de la noche a la mañana, te ves huérfana, con el honor arruinado y la *masía* familiar saqueada, quemada y derruida. En el pueblo le mostraron solidaridad, aunque no excesiva, pues más de alguna envidia rencorosa se vio satisfecha gracias a los caballeros de la Francia. Sin embargo, y una vez sacudida la inmensa pena de sepultar a sus padres, demostró ser tan resuelta y realista como suelen ser las catalanas, de modo que nada más advertir que de seguir allí, en Prada de Conflent, al cabo de unos meses le sería incómodo viajar, decidió mudarse a Perpinyà con sus dos hermanas pequeñas, para vivir las tres con su tía y madrina Mercè. Así, a su debido tiempo –el 16 de abril de 1280–, vine yo al mundo, no en medio de una gran alegría si bien, al menos, presentando un buen aspecto general, de bestezuela sana, robusta y con todo en su sitio.

Pocos años después, aunque suficientes para que me diera cuenta de que nuestra familia, cuando menos en comparación a otras de la vecindad, era un mujerío insufrible –la madrina Mercè, viuda, sólo tenía hijas, y además muchas–, apareció por Perpinyà un caballero del Llobregat que se ganaba la vida como maestro de obras y fortificaciones. Vino contratado por el rey don Jaume II de Mallorca, cuya capital era Perpinyà, por causa de la cruzada que habían organizado el papa Martín IV y el rey Philippe III de Francia contra su sobrino, el rey Jaume II de Aragón –el Santo Padre, un francés de nombre Simón de Brie, era un descarado partidario de los franceses, quizá por el dominio que Charles II d'Anjou, rey de Nápoles y de Trinacria,* ejercía sobre los Estados Pontificios, tan notorio que había impuesto en el papado al tal Simón, antes cardenal de Santa Cecilia, tras encarcelar a sus colegas nacidos al sur de los Alpes, los cuales discrepaban en exceso de su piadosa voluntad–, la cual le pillaba en medio, cuando menos en sus territorios continentales. La primera consecuencia era que a Perpi-

* Era el nombre que a finales del siglo XIII aún tenía lo que no muchos años después, en los albores del Renacimiento, comenzó a llamarse Sicilia.

nyà se le avvicinaban tiempos complicados. Al caballero, de cierta edad, origen noble aunque venido a menos y de nombre Frederic de Tous, el rey Jaume le alojó en una casa junto a la de mi tía Mercè, y con ese motivo comenzó a verse con las muchas mujeres que alegraban la vecindad. Era un buen hombre, lo digo desde la perspectiva de los dieciocho años transcurridos, tanto que, a las pocas semanas de tratarse con sus vecinas, explicó a mi madre que le daba igual el que su dote la formáramos mi humilde persona, unas pocas tierras en el Conflent que no rendían nada y una *masía* destrozada, y que sería el más feliz de los hombres si le aceptaba por marido y de paso por padre de su hijo, al menos a efectos de apellido. Sinceramente, no sé si mi madre le amaba locamente o no, pero sí que le faltaban pocos días para cumplir veinte, que pese a ser una belleza –era una opinión muy extendida– se la daba por incasable y que la vida errante que le proponía Frederic, de unos castillos a otros y de unas fortificaciones a otras, le debía de parecer más interesante que la de una madre deshonorada, pobre de solemnidad y embarrancada de por vida en la horrenda Perpinyà. Le dijo que sí tras pensárselo bien, a fondo –cosa de un minuto más que de un momentum,* me contaría él años después guiñándome un ojo–, y así, en octubre de 1284, pasé a ser Guillem de Tous y a iniciar una vida que hasta el año de cumplir quince me llevó a los confines de los reinos de Aragón y a unas cuantas ciuda-

* En la Edad Media la determinación del tiempo se basaba en el movimiento del sol. En el mundo cristiano la Iglesia poseía el monopolio del tiempo, ya que con sus toques de campana, regulados por las reglas monásticas, señalaba el comienzo del día –prima o cuando salía el sol–, lo daba por terminado –completas o de irse a dormir– y establecía los intermedios –maitines, laudes, tercia, sexta, nona y vísperas–; las horas, que ya eran veinticuatro, se subdividían en cuarenta fracciones equivalentes a un minuto y medio de los de hoy, a las que llamaban *momentum*. En la Baja Edad Media esta última subdivisión, de 1/40 fracciones por hora, poco a poco se vio sustituida por la que hoy está en vigor, la de 1/60 y de nombre *minuto*. A finales del siglo XIII y comienzos del XIV las dos subdivisiones convivían pacíficamente. A efectos de no complicar la lectura se supone la vigencia de la moderna fracción 1/60, bajo el nombre *minuto*, aunque no es seguro que en todos los lugares y durante todos los años en que transcurre la acción los *minutos* hubieran ya reemplazado a los *momentum*.

des de Castilla. Gracias a esto, hablo y escribo con bastante fluidez no sólo el catalán de los Pirineos, sino el francés del Llenguadoc –el que aprendí en Perpinyà y que mi madre tanto empeño puso en que no abandonara, por mucho que detestase a Francia y a sus malditos caballeros violadores; pragmática, como buena catalana, sostenía que los franceses, aunque fueran unos indeseables, eran también unos magníficos clientes a los que se podía vender de casi todo–, el castellano que se habla en Burgos, algo de latín, el trinacriense que se me ha pegado en estos años de guerrear por cuenta de Frederic II y el poquito de griego que, a sugerencia de mi señor don Ramon Muntaner, intento aprender desde hace meses, desde que se hizo claro para los guerreros catalanes que nuestros días en Trinacria estaban contados y que nos esperaba una gran aventura dentro de no demasiado, en un lugar cuya primera propiedad era que sus habitantes hablaban griego, una lengua nada difícil para un catalán, pues al oído se parece a la nuestra; no es que las palabras signifiquen lo mismo, pero los sonidos son fáciles de reproducir, siempre que se tenga la cabeza lo bastante bien organizada para entender su alfabeto. En esto, debo decirlo aunque sólo para mí, la mía quizá sea de las mejores, incluso más que la del propio Muntaner, cuando menos en el nada exigente seno de la Gran Companyia Catalana d’Orient.

En 1295, al que yo trataba de *pare* con toda devoción le salió un contrato en Perelada, con el propósito de que dictaminara qué se podría recuperar de las ruinas del castillo, así como de la casa de un burgués adinerado que se llamaba Ramon Muntaner. El castillo lo destruyeron los franceses diez años antes, por orden del cabrito de su rey Philippe III *le Hardi*; sé que no habla bien de mi persona el sentir el odio que siento por esos desgraciados, más que nada por ser medio francés, pero así son las cosas y jamás he discutido conmigo mismo. A la casa y a la propiedad de Muntaner, sin embargo, quien se las llevó por delante fue una partida de saqueadores almogávares a los que se había confiado la defensa de la ciudad y a los que alguien había olvidado pagar su soldada, de

modo que se la cobraron ellos mismos. También se le pedía que dirigiera la reconstrucción de la muralla y los bastiones, en previsión de que cualquier día regresaran los condenados hijos de sus madres –almogávares o franceses, los que fueran; a los efectos del escamado *batlle* tanto daban los unos como los otros– a rematar la faena.

Por entonces yo ya destacaba entre los mozos de mi edad, tanto por estatura como por complexión. Mi madre achacaba la razón a que mi padre natural, a quien los suyos llamaban Hugo de Brienne, era un verdadero gigante –de no haber sido así habría salido de la refriega con bastante más que la cara deshecha de arañazos, que así afirmaba ella concluyó la violenta refriega de la que parten mis días–, de lo cual, los designios del Señor son así de inescrutables, obtenía yo ventaja, pues no sólo sacaba más de un palmo a cualquier joven de mi edad y hasta de varios años más, sino que además era rubio como el sol y, por si todo eso fuera poco, tenía los ojos inusitadamente azules, como rara vez los tienen los catalanes, salvo los que, como yo, no lo son de pura cepa. El cuadro lo completaba una salud a toda prueba, de modo que nada estaba en contra de que hiciese carrera en el mundo de las armas, en lo cual soñaba yo desde pequeño, quizá por oposición a tanta hermana y tanta tía, de las cuales ponía el mayor empeño en distanciarme, sobre todo a la hora de vestirme y acicalarme, pues todas ellas insistían, a menudo recurriendo a la violencia, en que me lavara y aseara mucho más a fondo de lo que corresponde a un hombre, o a un proyecto de hombre. A mi madre no le gustaba la idea, y mucho menos verme jugar a todas horas con espadas, escudos y manguals de madera, pero al tener ya muchos otros hijos no le quedaban fuerzas, ni ganas, para oponerse a unos deseos que cada día se parecían más a obsesiones. Frederic, que prefería no tomar partido en mis ásperas batallas con mi madre, opinaba, las pocas veces que doña Meritxell le permitía opinar, que si había de seguir ese camino sería bueno que apuntase bien arriba y lo mejor orientado que pudiese, ya que al no proceder de una familia *de ar-*

mas, ni tener más contactos que los suyos, podría muy bien equivocarme y hacer una pésima elección. En eso mi madre se mostraba de acuerdo, en la esperanza de que al no ver muchos capitanes aguerridos cenando en nuestra casa igual se me pasaba el ardor guerrero y me hacía un hombre de leyes, ya que la infeliz soñaba con eso. Debo precisar que de ningún modo era una catalana tosca e ignorante, sino que sabía leer muy bien, sin dudar ni vacilar ante las palabras difíciles, y además escribía con una letra muy clara y bonita, bastante más que la mía o la de Frederic. Ella fue quien nos enseñó a leer, a mis hermanos y a mí, y no sólo las cosas de la fe, sino varios textos que para ella eran un tesoro y entre los que destacaba un *Llibre dels feits de Jaume I*, un *Verbiginale* y diversos cantares de gesta en aragonés y en catalán, de los cuales decía ella que seguían un estilo llamado *Mester de Clerecía*, o algo así. Los había salvado de la quema de su casa, prefiriéndolos a los manteles, a las alfombras y a las sábanas, en el criterio de que la cultura siempre acaba por ser el más valioso de los dones que algún día se legan a los hijos.

En Perelada, para mi alegría y su disgusto, el cielo se me abrió en la forma de un Ramon Muntaner aún convaleciente de una herida que sufrió cuando batallaba para el almirante Roger de Llúria, el yerno de su amigo Berenguer d'Entença i de Montcada. Muntaner deseaba reparar su propiedad para luego venderla, ya que se quería establecer en unos terrenos muy fértiles y de clima menos duro que poseía en Xirivella, cerca de Valencia. Los había comprado a los herederos de Hugo de Folcalquier, maestre de Calatrava, el cual los recibió en 1238 de manos de don Jaume I, en recompensa por las muchas tierras que ganó para él durante la conquista del reino moro de Valencia. Su idea, o así se la explicó a Frederic, era construir allí una gran alquería donde retirarse una vez se casara con su prometida de toda la vida, doña Valençona Castell, y para eso necesitaba más fondos de los que tenía por entonces.

Muntaner y mi padre, los dos, eran excelentes profesionales cada uno de lo suyo, de modo que su relación, al poco de tratarse,

pasó de ser meramente contractual a por demás amistosa. Una consecuencia fue invitarnos a cenar en la casa donde se hospedaba, una de las más bonitas y espaciosas de Perelada. Con los años sospeché que la tal invitación fue provocada por mi padre, a fin de que Muntaner me conociera y me valorase. Y si no fue por eso, pues también me dio lo mismo, porque a los postres él ya me planteaba, en presencia de mi espantada madre y mi flemático padre, la conveniencia de unirme a él y seguir su destino en esta vida, el de un caballero al servicio del rey, los que actuaban al frente de los muy temidos, y muy terribles, *almogàvers* o *almogávares*. Muntaner era un hombre de buen verbo que captaba bien las situaciones, de modo que antes de llevar la seducción a término, en lo que intuía una resuelta oposición materna, dedicó un buen rato, así como una botella de algo llamado *armagnac*, y que según decía un clérigo llamado Vital du Four no era pecado, a explicar dónde me metería si finalmente decidía seguir sus aguas. Por mi parte no hacía falta, porque ya intuía que allí me aguardaba un futuro de hombre, pero si con aquella detallada exposición me ahorraba los previsibles llantos y protestas de mi madre, pues eso que salía ganando. Así, a lo largo de una hora de calculada oratoria, supimos, y sobre todo supe yo, que los *almogávares* existían desde hacía casi un siglo. Habían nacido de un modo espontáneo, de grupos de segundones que se conocían, que sabían pelear hombro con hombro y que habían terminado por imitar al moro en algo que llevaba éste muchos lustros haciendo, infiltrarse tras las fronteras al amparo de los bosques en *razzias* o *algaras* de un par de días, para tras masacrar, violar y saquear a discreción arramplar con lo que pudieran, lo mismo les daba que fueran víveres, bestias, joyas o jóvenes. A los niños no los querían, porque no sólo tardaban en valer de algo, sino que nadie pagaba rescate por ellos, de modo que, según les diera, los abandonaban a su suerte o los degollaban, lo cual era lo que hacían con los hombres maduros, y si protestaban demasiado también con los viejos. Los jóvenes les interesaban para surtir el siempre deficitario mercado de las galeras mercantes, una

insaciable necesidad no sólo del reino de Aragón, sino de todos en general, y en cuanto a las jóvenes no tenían programa fijo. Algunas se las quedaban para uso y disfrute personal, no siendo infrecuente que, con el tiempo, ellas mismas se convencieran de que seguir siendo simples moras esclavizadas no les depararía beneficio alguno, de modo que se plegaban a un amancebamiento cristianizado, lo cual, dentro de lo que cabía, no era la peor de las suertes que la Providencia les podría ofrecer. Las que les gustaban un poco menos las vendían como esclavas en las siempre caritativas Aragón, Castilla, Navarra y Portugal, y las otras, en fin, acababan en los burdeles de las grandes plazas, donde rara vez sobrevivían más allá de un par de años. No era un modo muy edificante de ganarse la vida, opinaba Muntaner, si bien era de reconocer que los moros llevaban siglos haciendo eso mismo, así que sus conciencias, en el dudoso caso de que padecieran alguna, ni siquiera carraspeaban.

Su nombre, *almogàvers* en catalán o *almogávares* en aragonés, se lo pusieron los moros. Por lo visto derivaba del árabe *almugāwir*, que viene a significar ‘el que se infiltra tras nuestras líneas’. Muntaner, aprovechando que mi madre nos dejó unos momentos con propósito de hacer un pis indemorable, cosa que le sucedía con frecuencia, pues a fuerza de parir la vejiga se le había quedado floja, nos explicó que aquella definición no era completa y que realmente comenzaba por ‘el hijo de puta que...’, lo que nos llevó a prorrumpir en estruendosas carcajadas, y era que por entonces tanto el vino como el *armagnac* se habían apoderado de nosotros. Era, pensaba él, una definición que se ajustaba bien a los almogávares de los primeros tiempos, pero no respondía con la debida exactitud a lo que habían llegado a ser. En sus orígenes eran partidas de campesinos, leñadores y pastores montañeses, unos catalanes y otros aragoneses; elegían a sus jefes por votación, dándoles el título de *almugaden*, palabra que también venía de un vocablo árabe, *al-mucaddem*, que significaba ‘el capitán’. Eran unos tipos muy pobres, lo que se apreciaba en su aspecto general, que

no podía ser más astroso: de largas y descuidadas melenas, de barbas largas e hirsutas, apenas vestidos con una *gonella* tan raída como sucia y sujeta con un cinturón muy ancho del que colgaban algunas de sus armas, unas polainas de cuero para protegerse las piernas y unas gruesas abarcas de madera que les permitían caminar a muy buen paso durante largas y extenuantes jornadas, cargados con un zurrón donde llevaban todo lo que poseían en este mundo. En sus marchas invernales se cubrían con pieles de oso, lo que terminaba de otorgarles un aspecto terrible. Si se lanzaron contra el moro al principio de sus tiempos, caminando muchas leguas hacia el sur, fue impulsados por el hambre y por el deseo de conseguir alguna mejora en las condiciones de vida de sus mujeres y sus hijos durante los meses fríos, cuando salvo a cazar, y no mucho porque los animales invernan, no podían dedicarse a nada. A la tercera o cuarta temporada de vagabundear tras las fronteras morunas, debieron de comprender que aquella forma de vida era más remunerativa y gratificante que la de simples pastores, campesinos y leñadores, de modo que se transformaron, a dedicación completa, en pequeños industriales del saqueo que operaban por su cuenta, y luego en agrupaciones de un tamaño mayor que actuaban a una escala más considerable, la resultante de agruparse diez o doce partidas bajo el mando de un *adalid*, otra palabra de origen árabe, *al-dalla*, que significaba ‘el guía’.

Con el tiempo llamaron la atención del rey Pere II, que siempre andaba enfangado en guerras que no acababan nunca. Con los franceses por el norte, los navarros por el oeste, los castellanos por el suroeste y los moros por el sur, el pobre hombre ni siquiera imaginaba qué cosa sería vivir en paz llevándose bien con los vecinos, y es que una de las más señaladas propiedades de los aragoneses y de los catalanes de aquel tiempo era ser incapaces de convivir en armonía con quienes les rodeaban. Tantas y tan interminables guerras daban lugar a una insaciable sed de hombres, los cuales no podían reclutarse por las malas, pues otra excelente costumbre de nuestra idiosincrasia racial era, y sigue siendo, la facilidad con la

que cambiamos de bando a poco que no se nos respete donde más se debe respetar a un aragonés, y sobre todo a un catalán: en la *butxaca*. Por otra parte, reclutar en las ciudades y en los pueblos tampoco era una opción viable, pues ni el rey ni los nobles tenían con qué pagar a las tropas ni les era posible dismantelar la escasa fuerza laboral del reino, pues de hacerlo sobrevendría otro mal aún peor, el hambre, que sumado a la peste y a la miseria daría lugar a que no quedaran en el reino recursos capaces de conservarlo a salvo de los potenciales invasores, los cuales, si bien no estaban mucho mejor que nosotros en el plano personal, eran muchos más.

Don Jaume I el Conqueridor fue quien primero echó mano de los almogávares en calidad de fuerza mercenaria organizada. Los había estudiado hasta convencerse no sólo de que su rendimiento en combate superaba, y de mucho, al de sus tropas convencionales, sino de que su coste resultaba inferior, ya que ni por equipamiento ni por paga se podían comparar a sus nobilísimos, elegantísimos y carísimos caballeros. Se sirvió de ellos en la incorporación de las Illes Balears a lo que ya era imperio catalanoaragonés, al punto que dos mil de los quince mil infantes con que desembarcó en Sóller el año 1229 eran almogávares. En esa campaña fue donde su actitud en combate se hizo legendaria. Tenían la costumbre, una vez situados frente al enemigo, de afilar sus armas contra las piedras, si no con unas de pedernal que llevaban con ellos –en su estilo de guerrear, orientado a la mutilación, los buenos filos eran imprescindibles–, lo que provocaba una espeluznante cascada de chispas. Tras eso aporreaban el suelo con sus chuzos al tiempo de dar grandes voces invocando a sus santos favoritos –«*Santa Maria! Sant Jordi!*»–, a la corona que les pagaba las soldadas –«*Aragó! Aragó!*»–, para después explicar su programa de la jornada –«*Desperta ferro! Matem, matem!*». Ahí, aprovechando que doña Meritxell dejaba la mesa una vez más, y en tono bajo, Muntaner añadió que no era el único de sus gritos de combate, pues una vez el enemigo derrotado y disperso, si no masacrado y destripado, y estando a la vista de sus poblados, rebosantes de mo-

ras aterradas, prorrumpían en entusiastas «*Desperta pixa! Fotem, fotem!*», a lo cual mi padre y yo correspondimos con las explicables carcajadas, en mi caso más por mímesis que por otra cosa, pues mi aprendizaje de la vida todavía no era tan profundo como para saber a ciencia cierta y en primera persona qué vendría después de aquellos alaridos.

El gran don Jaume los empleó como su punta de lanza en las campañas de anexión de los reinos moros de Valencia y de Murcia, consciente de que su mera presencia en el campo de batalla solía bastar para que los caudillos sarracenos advirtieran, pesarosos, que sus magníficas y aguerridas huestes salían corriendo presas de muy explicable pavor dejándoles con las miserias al aire. A eso se debió no ya que les recompensara con largueza, sino el conservarlos virtualmente intactos, ya que la mayoría de sus bajas no se debieron a los actos hostiles del enemigo, sino a los chancros, a las ladillas y a las purgaciones con que les pudrían las rencorosas enemigas conquistadas, cosa ciertamente triste, aunque salvo en los casos más graves no les incapacitaba para combatir.

Tras la conquista de Murcia llegó el año 1244, y con él un tratado entre Castilla y Aragón, el de Almizra, por el cual ambas coronas daban por buenas las fronteras que los separaban, más a satisfacción de Fernando III que de Jaume I, aunque al menos éste así cerraba su peor frente, dando por terminada la Reconquista en lo que a él atañía y pudiendo volver su atención adonde le apretaba más el zapato: las fronteras del norte. La consecuencia para los almogávares fue desplazarse de donde habían demostrado ser muy competentes, los reinos musulmanes de Mallorca, Valencia y Murcia, a un terreno distinto donde deberían vérselas con un enemigo tan diferente como peligroso: la formidable caballería francesa.

De aquello había pasado medio siglo. Los almogávares de 1295 apenas se diferenciaban de sus padres fundadores, pues compartían con ellos sus características esenciales: la pobreza, el desarraigo, la incultura y el no pensar en un mañana situado más allá de unas pocas semanas. Seguían siendo una fuerza endógama, cuyos hijos,

criados entre todos –o «entre todas», añadía Muntaner sin entrar en detalles–, en su momento reemplazaban a los caídos. No eran muchos los que se jubilaban de almogávares, y ni aun así solían salirse del seno de la hermandad, pues al ser pocos se les adjudicaba una ocupación a su vez muy necesaria, la de dar un primer adiestramiento, para el que no hiciera falta una gran fuerza muscular, a los niños ansiosos de gritar, ellos también: «*Desperta ferro!*». Algunos, los menos dañados de la cabeza, se integraban en una especie de órgano director al que llamaban Consejo Almogávar, algo así como un senado formado no sólo por los adalides en activo, sino por los veteranos más sabios o más baqueteados, los que habían demostrado tres valiosos dones. El primero, ser hábiles en la batalla, pues en otro caso no vivirían para estar allí sentados. El segundo, ser respetados por los adalides y los almugadenes, que a su vez eran quienes imponían que se les diera quehacer y cobijo. El tercero, poseer no sólo una gran experiencia de la vida y del combate, sino saber valorar los tiempos que se vivían y, aún más útil, los que aguardaban a una hermandad donde las mujeres ejercían una creciente influencia. Sabido es que donde los hombres se reblandecen al punto de consentirles opinar, rara vez tarda en aparecer un enojoso deseo de concordia, paz y estabilidad, cosas todas ellas convenientes para criar con buenas perspectivas unos hijos que parían en cantidades numerosas, ya que las penurias de su estilo de vida provocaban que no más allá de un tercio de los alevines de almogávar llegase a padecer los fastidios asociados a la pubertad, pero sumamente contraindicado, el tal deseo, en una fuerza de mercenarios cuyo principal valor para sus señores, los reyes Pere III de Aragón y Jaume II de Mallorca, era el terror que su arrojo, su destreza y su salvajismo inspiraba entre sus enemigos.

La principal preocupación del Consejo Almogávar, compartida por los capitanes de las diversas hermandades, era que salvo una campaña prevista para el año siguiente, cuyo propósito sería rebañar de la débil Castilla el sur de lo que había sido reino moro de Murcia, y después darse una vuelta por Burgos y León, lugares

donde Jaume II no les dejaría saquear demasiado, no se sabía de ningún otro proyecto donde sus servicios fueran a ser necesarios, con lo cual el futuro más allá de 1297 se les antojaba tan oscuro como incierto. Él, Muntaner, no lo veía con excesivo pesimismo, pues si bien Aragón podría ya no necesitar a sus almogávares mercenarios, eran tantos los conflictos que alegraban las riberas del Mediterráneo que a él, uno de los escasos capitanes de la hermandad que leían y escribían correctamente, y no sólo en su catalán natal sino en latín, francés, aragonés y castellano, le parecía fuera de duda que trabajo no les faltaría durante muchos años, aunque aquello ya sería para comentarlo en otra ocasión, pues ésa era para explicarnos, a mis padres y a mí, lo que pretendía de mi humilde persona y el porvenir que su oferta me podría deparar.

–La fuerza de almogávares, hoy, es la suma de varias hordas, cada una con su propio capitán. Éste manda sobre su infantería y su caballería, se ocupa de sus campamentos, donde no sólo residen sus guerreros sino sus mujeres, sus hijos y sus esclavos, y la financia cuando no hay trabajo, de forma que ni ellos ni sus familias pasen necesidad. Son varias, ya les digo –Muntaner no fijaba la mirada en ninguno de nosotros, sino que saltaba indistintamente de mi padre a mi madre, intuyendo que quien mandaba en mi familia era ella, si bien donde la dejaba fija más tiempo era en mis muy encandilados ojos–. La principal en el reino de Aragón, por su cuantía, es la de Ferran Eiximenis d’Arenós, que si bien es mitad aragonés, mitad valenciano, se ha catalanizado del todo, al punto que suele acampar en el Baix Empordà, cerca de la plaza fuerte de Palafrugell. Le sigue la de Corberan d’Alet, que aunque navarro también se ha vuelto de lo más catalán; a él le gusta el clima de los valles, de modo que su tendencia natural es quedarse cerca de la Seu d’Urgell. Luego va la de Berenguer d’Entença i de Montcada, que como Eiximenis d’Arenós es noble y aragonés, de Ribagorza; por allí, cerca de su casa, es donde se queda su tropa cuando no surge nada donde guerrear, aunque últimamente prefiere unas tierras que ha com-

prado en Tarragona. La cuarta y última de las grandes, porque hay más aunque son pequeñas, es la de Bernat de Rocafort, valenciano de Morella pero afincado en Trinacria, donde fue llamado por otro valenciano como él, Blasc d'Alagó, algo así como la mano izquierda del rey de Trinacria, Frederic II de Aragón. Lleva un tiempo allí guerreando sin cesar, y según mis noticias le va bastante bien. Las otras hordas, las pequeñas, son formalmente autónomas, como la mía, si bien marchan y guerrear a la sombra de alguna de las grandes, no siempre la misma. Ya te hablaré de todas ellas, en su momento, porque ahora no vienen al caso. En cuanto a mí, que ya estarás preguntándote cuál es mi papel, pues vengo a ser una especie de intendente al servicio de los distintos consejos de almogávares. No estoy en ninguna de las hordas, aunque al tiempo estoy en todas. Me ocupo de saber dónde para cada una cuando entran en campaña, de comunicarles las órdenes de don Jaume, pues en tiempo de guerra suele tramitarlas a través mío, de señalarles las rutas, de negociar los puntos de abastecimiento y recalada, y, en fin, de mantenerles tan coordinados y listos para combatir como si fueran una sola unidad, por mucho que sean demasiadas. No te oculto que, también, parte de mi papel es ponerles de acuerdo y evitar que con sus manías, sus agravios y sus trifulcas personales deterioren la efectividad de la fuerza. Luego, cuando llega la hora de pelear, mi papel es repartir los objetivos y hacer que todos maniobren de forma que cubran a los demás, lo que tampoco es sencillo, porque no les puedo mandar nada; sólo sugerirles, o aconsejarles. Si los almogávares fueran una fuerza convencional con un jefe único al mando, mi papel sería el de un simple intendente general, pero aquí, al no haber un mando unificado, reconocido por todos los consejos, sólo puedo ser algo así como el Espíritu Santo –mi madre, muy pía, se santiguó, al tiempo que mi padre, muy cínico, sonreía con maldad–. Para desempeñar estas funciones cuento con un grupo de mensajeros nada numeroso, aunque suficiente para que ninguna de las hordas deje de marchar de un modo controlado. Todo

esto sería perfecto si mis hombres supieran leer y escribir, pero no sólo no es así: es todo lo contrario. Los capitanes sí saben, aunque sólo ellos o apenas sólo ellos, de modo que no tenemos otra que comunicarnos de palabra. Cuando estamos concentrados y nos vemos todos a todos no es difícil, pero cuando deja de ser así todo se vuelve complicado, porque transmitir información de viva voz conduce inexorablemente a que alguien se confunda, o no entienda, o no sepa explicarse. A eso se debe que me pase la vida buscando gente que sepa leer y escribir. Frederic –señalaba con el dedo a mi padre– me ha dicho que tú lo haces muy bien, y no sólo en nuestros dos idiomas, el aragonés y el catalán, sino en castellano y en francés. Pienso que tendrías un buen porvenir si te unieras a nosotros, pero eso es algo que deberás pensar por ti mismo y decidir de acuerdo con tus padres.

Ahí mi madre saltó como si fuera un *escurçó* del Montseny, algo que se le daba reconocidamente bien.

–¿Y cuál sería su papel? Porque yo no he parido a este hijo –me señalaba con el dedo– para que sea el criado de nadie.

Cerré los ojos, como supongo hizo mi padre, temiendo que Muntaner se levantara con irritación y nos echase a patadas de su casa, pero no se lo tomó así. Fue ahí cuando empecé a comprender que aquel hombre no estaba hecho de la misma pasta iracunda y visceral de casi todos los catalanes, y que lo suyo era la flema, la sangre fría y el anteponer a cualquier cosa su exquisito sentido de la diplomacia y la cortesía.

–Nada de eso, doña Meritxell. Lo que quiero es que sea mi *aide-de-camp*. –A mi madre se le dispararon las cejas hasta la raíz del pelo; tenía su francés explicablemente apolillado, y además jamás había sabido nada de jergas militares–. En catalán se diría mi *ajudant de camp*, pero será difícil que lo escuche fuera de aquí, pues no sólo es una expresión francesa, sino que aún no ha llegado ni al Lenguadoc, que yo sepa. De hecho, sólo la escuché una vez, en París, cuando fui allí en el séquito del que un año después sería nuestro rey, don Pere III el Gran.

–Y el *eidecam* ese, ¿qué cosa es? –tozuda, como siempre; no era fácil que se diera por satisfecha, pero Muntaner parecía tener experiencia en el trato de madres catalanas preocupadas.

–El hombre que se ocupa de ayudarme a preparar lo que yo hago, para que cuando me toque llevarlo a cabo me sea sencillo hacerlo bien. Eso significa que deberá no sólo aprender las muy complejas tareas de la intendencia, sino realizarlas por sí mismo si yo cayera o quedase fuera de combate.

Mi madre se lo quedó pensando; aquello, intuía yo, esperando, no parecía sonarle mal.

–¿Y eso lo puede hacer un niño de quince años?

Me la quedé mirando, no diría que con odio, porque odiar a la madre de uno es cosa que no está bien, aunque anduve cerca.

–Desde luego que no, pero a mi lado, y al de mi gente, aprenderá. Cuestión de tiempo, y si es listo, y pone tanto empeño como espero que ponga, no será demasiado.

Mi madre volvió a pensárselo; luego me dijo que había tenido que morderse la lengua para no soltarle un abrupto «¿y cuánto le pagará?»; le había parecido, gracias a los dioses, que no sería un acto elegante, por mucho que *la cosa dels diners* siempre fuera su primera prioridad, como la buena catalana que jamás dejaría de ser.

–Bien, pues él sabrá. No seré yo la que ponga pegas.

Miré a Frederic, que componía su secular expresión de marido-padre sometido y resignado; me sonreía, con disimulo aunque con evidente complicidad. Como no necesité que me dijera, todo había salido de maravilla.

* * *

Al día siguiente dejé mi casa con calmada serenidad, por mi parte y por la de mi madre. Durante la sobremesa con Muntaner había quedado claro que mi adiestramiento como *aide-de-camp* requería, para empezar, convivir con sus dos docenas de almogávares,